

cernir las propiedades físicas de las cosas (tamaños, figuras, pesos, colores, etc.), enseñan a ir distinguiendo también lo limpio de lo sucio, lo sano de lo inconveniente, lo feo de lo bello, lo grosero de lo delicado, lo humano de lo bestial, lo bueno de lo malo. En una palabra, las anátesis con respecto de sus tesis, y los factores negativos en contraste con los valores estimables en cualesquiera órdenes: tanto los de condición temporal, como los más elevadamente espirituales.

Así es como poco a poco se van formando, y crecen y se complementan, dos series de nociones cuyos elementos objetivos de procedencia fueron captados en el curso perseverante y progresivo de aquella enseñanza según el método inductivo: es decir, a base de **lecciones de cosas**. Una de ellas es **lista negra**, y cada uno de sus preceptos va precedido del signo **menos**: alude a las cosas que no se deben hacer, que deben evitarse o rehuirse como inconvenientes o perjudiciales; v. gr., no comer a dos carrillos tragándose los alimentos sin mascar, y pringándose de arriba abajo; no tirar pedradas al prójimo; no romper los faroles del alumbrado público, etc. La otra es **lista blanca**, compuesta de preceptos positivos, y normativa de la conducta de cada cual para consigo mismo y para los demás, con arreglo a los rectos principios de la ética y de la decencia.

Pues bien. Como la materia de la Higiene es por derecho propio la suma de todo lo útil, conveniente, sano, bueno y bello, implicando la consigna derivada de esquivar lo diametralmente opuesto, resulta que un chico bien educado es por inherencia un chico bien higienizado. Y esto, del modo más fundamental que pueda imaginarse: por **incrustación** de las prácticas sanitarias en sus propias costumbres, y de las correspondientes máximas informativas en su espíritu; pero pareciéndole naturalísimo todo ello al interesado, a tal punto que ya le costaría violencia pensar y obrar de modo diferente, y eso sin haber pasado bajo la férula de libros, clases ni conferencias intituladas de Higiene. De ésta, quizá ignore el nombre; mas, si sabe la cosa, es lo que importa.



Quienes nos hicieron la merced de su paciencia, siguiéndonos hasta este punto, habrán advertido ya que cuanto especificamos acerca de la educación higiénica de los niños (que quizá no sea exactamente lo mismo que decir «enseñanza de la Higiene en las Escuelas primarias») equivale a formular y defender el siguiente voto. Tal aspecto del trabajo docente, no desligado ni extraído con carácter específico o autónomo de los demás que **integran el complejo educativo**, se desarrollará precisamente de acuerdo con las bases y la técnica de la «Propaganda», según explicábamos en la primera parte de este artículo.

Eso, sí: adecuando a la perfección el **modus operandi**, a las realidades psicológicas del **público infantil**, entre el cual hay que practicar la gestión. Siempre se insinuarán las sugerencias, a favor de las condiciones, circunstancias y ocasiones que mejor favorezcan su aceptación: v. gr., las nociones de asepsia y de antisepsia (desde luego sin **soltar** semejantes expresiones), pueden muy bien deslizarlas los Maestros cuando hubieren de aplicar tintura de yodo y un pequeño vendaje para curar un pinchazo, un corte o una erosión que incidentalmente se hubiese inferido cualquiera de los chicos; la importancia de las medidas de aislamiento en la prevención de dolencias contagiosas, cabe exponerla con la mayor sencillez al comentar que Fulanito que tuvo el sarampión, o que Zutanita que pasó la difteria, aunque ya están fuera de peligro, no podrán volver a la escuela hasta pasado un plazo de respeto, a fin de que no sean portadores de los gérmenes patógenos respectivos; cuando se observen con meticulosidad casi risible precauciones contra el acceso de moscas y mosquitos dentro de las aulas, puede y debe decirse el porqué: no es sólo por motivos de estética, sí que también porque tales bichos son propagadores de ciertas infecciones, y conviene alejarlos a todo trance.

¿A qué multiplicar prolijamente análogos ejemplos? Recordemos que con ocasión de las refacciones en la Escuela (por obra de las magníficas Instituciones que son las «Cantinas y las Comidas Escolares», indispensables e insuprimibles en muchos casos), no solamente proporciona dicho acto prandial a ciertos niños el único alimento estimable que puedan tomar en todo el día, pues que además presta coyuntura sin par a una lección de urbanidad y de higiene: los lavabitos numerados en el antecomedor, con los vasos y los cepillos de dientes que les son anexos, hechos usar adecuadamente por los preceptores antes y después de sentarse a la mesa, significan en aquel doble orden los instrumentos para una educación que quizá sólo en la escuela encuentren las más de las criaturas.

Basta ya. Añada el lector lo que falta, y extraiga con su buen juicio la moraleja. Ahora bien: todo esto quiere decir que el Magisterio es algo sublime, delicadísimo y difícil; y que sus apóstoles, para hacerse dignos de tal misión, además de poseer vocación definida habrán de macerar su espíritu, bajo el estímulo de una preocupación constante, mediante el estudio infatigable de los libros y de las cosas. Esto es, acumulando siempre ciencia y experiencia: porque, seguramente, a los niños no hay que enseñarles **asignaturas** formales de Psicología y de Higiene; pero los Maestros han de saberlas bien, para que puedan esparcir perenne e insensiblemente sus contenidos dinámicos. A semejanza del Sol, que no difundiría luz y calor a los planetas, de por sí opacos y yertos, si él mismo no refulgiese, con deslumbrante majestad, desde el trono central de su sistema cósmico.



Antonio Salvat Navarro.